

XLII

LOS NÁUFRAGOS

¡Cuántos marineros, cuántos capitanes, que marcharon alegres a remotos países, desaparecieron en un mar proceloso, en una noche sin luna, sepultados para siempre en la inmensidad ciega del Océano!

* *

¡Cuántos capitanes murieron junto con la tripulación! La tempestad, de sus vidas arrancó todas las páginas, y el soplo del huracán dispersó todo el libro; al sumergirlos en el abismo, cada ola, a su vez, recogió parte de su botín; una se apoderó del esquiife y otra de los marineros.

* *

Nadie sabe qué fué de ellos, al rodar en las sombrías extensiones, chocando contra escollos desconocidos; y muchos seres queridos han muerto después de haber esperado inútilmente durante muchos días a los que ya nunca regresarían a su hogar.

* *

Hablando de vosotros en las veladas de invierno, formando

círculo, sentadas sobre anclas mohosas, vuestras familias os recordarán, refiriendo vuestras aventuras, mientras que ya dormís el sueño eterno en el fondo de los mares.

* *

Preguntábanse unos a otros:— «¿Dónde estarán? ¿Serán reyes en alguna isla? ¿Nos habrán abandonado para vivir en país más fértil?»—Después, poco a poco, fueron enterrando también vuestro recuerdo. El cuerpo se pierde en el agua y el nombre en la memoria. El tiempo, que sobre lo pasado extiende espeso velo, sobre el Océano extiende el olvido más profundo.

* *

No se tarda en olvidar a los infortunados náufragos. Solas, durante las largas noches de tempestad, vuestras pálidas viudas, cansadas de esperaros, se ocupan todavía de vosotros, removiendo las cenizas de su hogar a la par que las cenizas de su corazón.

* *

Y cuando la muerte cierra para siempre sus párpados, nadie os recuerda ya; ni una grosera piedra contiene vuestro nombre dentro de un cementerio; no está escrito en la corteza de un sauce, que el otoño deshoja; nadie se acuerda ya de vuestro nombre.

* *

¿Dónde están los marineros que se ahogaron en el mar en las noches oscuras? Olas gigantes, vosotras conocéis sus lúgubres historias; olas, tan temidas de las madres, vosotras las referís en las mareas altas, y por eso al referirlas rugís cuando por la noche llegáis hasta nosotros azotando las playas.

Julio de 1836

XLIII

NOCHES DE JUNIO

En el verano, cuando el día ha desaparecido, la llanura salpicada de flores derrama aroma embriagador, y con los ojos cerrados y el oído atento a todos los rumores, dormita a medias en un sueño transparente.

* *

Los astros son mas puros, la sombra más agradable; vaga media luz tiñe la cúpula eterna, y el alba, tierna, y pálida, esperando la hora de aparecer, diríase que vaga toda la noche por debajo del cielo.

1837.

XLIV

SABIDURÍA

A Luisa B.

¿No hay que esperar, pues, que nada grande, santo, puro, nada que sea digno del cielo, nada que ennoblezca el siglo en que vivimos brote del corazón del hombre? ¡Del hombre, sujeto a las necesidades del cuerpo! ¿Será siempre su tarea sólo gozar, descender a tuestas a la tumba, perseguir todo aquello que se arrastra y todo lo que vuela, consagrarse al sórdido interés y afanarse por la loca vanidad; llenar, sin cuidarse del deber, una carta con frases o palabras, o un mostrador de escudos; no levantar nunca la vista a las alturas y reirse del sacrificio y de la virtud? Esta es tu vida, hombre; sólo tienes, de noche y de día, por esperanza y por objeto, por culto y por amor, la moneda inmunda arrastrada por el fango, y que al cogerla te ensucia las manos; sin comprender que meditar es tu destino, que tu destino es ser mago y ser rey, ser un alquimista que alimamente el fuego bajo ese sombrío

alambique que se llama alma, haciendo pasar por ese ardiente crisol a la naturaleza y al mundo, buscando y encontrando en ellos a Dios.

*
* *

El bruto se mueve invariablemente dentro de su esfera y el elemento se rige por sus reglas. El molusco vive en las olas y el águila en la nieve. Todo en el mundo tiene su región, su objeto y su destino. La espuma del mar no es un desecho inútil; el oleaje sabe lo que hace y el viento no ignora quién le impulsa; como el templo que brilla con la claridad suave de las lámparas, obedientes las estrellas brillan en el cielo azul; todas las mañanas, vibrando como santas liras, los pájaros cantan alabanzas al Creador. El ser está lleno de amor y el mundo está lleno de fe. Todo en el mundo observa indefectiblemente su ley y obedece al mandato divino; el pájaro a su instinto y el árbol a sus raíces. El enorme Océano que se detiene en la playa, la golondrina que se dirige al Sur, el imán que señala siempre al Norte, la nube amontonada sobre islas de hielo, que, atravesando la altura de los cielos, pasa al soplo del abril desde el Polo hasta el Ecuador, la savia que se esparce por las fibras de las ramas, todos los objetos creados siguen imperturbablemente su marcado camino; sólo el hombre se ha extra-

viado! En todo el universo, los seres, los montes, los bosques y las praderas, el día que dora el cielo, el agua que lava los barrancos, conservan como el día que salieron de las manos divinas toda su pureza y todo su candor; sólo el hombre ha degenerado! Creado para imperar en la naturaleza y para ser el mejor, se ha convertido en el peor; debiendo florecer como árbol selecto, sólo es un tronco vil con ramaje negro, que la edad desarraiga y que el vicio deshoja, cuyas ramas no ostentan el fruto que Dios quiere recoger; tronco en el que nunca nos apoyamos sin peligro, en el que la sociedad ingerta las pasiones. Profunda fué la caída del hombre: ignora y niega, mientras que a su alrededor la creación afirma; víctima de sus sentidos, cuyo yugo le esclaviza, el hombre vegeta y la cosa vive

II

Al hablaros yo de este modo, me escuchabais y me comprendíais; y vos, cuya alma ingenua se transparenta en vuestras palabras, me dirigisteis entonces vuestra calmante e inefable sonrisa:

*
* *

—«La humanidad se regenera, y aunque vacilante y caminando en la obscuridad, se dirige ha-

cia la aurora. Todo hombre tiene en el mundo dos aspectos; el del bien y el del mal. Vituperarlo todo es no comprender nada. Las almas de los humanos tienen liga de oro y de plomo. El espíritu del sabio debe ser prudente y no debe lanzar indistintamente sus rayos por todas partes. Para el siglo actual, como éste le hace sufrir, es siempre injusto, y todo en él le parecen delitos. Nuestra época, tan insultada, tiene su lado sublime; vos mismo lo habéis dicho, enojado poeta!»

*
* *

En vuestro aposento, asilo nuestro y respetado, así me contestasteis, sencilla y serena. Vuestra frente brillaba con el reflejo de los damascos de color de escarlata, y para mí, en aquel momento, a la luz de vuestros ojos levantados, el techo se convirtió en cielo.

*
* *

El acento augusto y pacífico de la razón, la equidad, la bondad seráfica, el olvido de los agravios y de los errores de los demás, que tanta majestad presta a las almas virtuosas, dotaban a vuestras hermosas palabras de la tranquila grandeza que en sí encierra todo lo natural.

III

¿Por qué os presentáis continuamente ante mi imaginación, días de mi niñez y de mi alegría? ¿Quién te abre a cada momento en nuestros corazones casi marchitos, oh flor luminosa de los recuerdos lejanos? ¡Qué cándido y qué feliz era yo entonces! En la clase, un banco de encina gastado, una mesa, un pupitre, un tintero negro y pesado y una lámpara me acogían grave y cariñosamente. Mi maestro, como os he dicho con frecuencia, era un sacerdote, tranquilo y bondadoso, de mirada penetrante, candoroso como un sabio, maligno como un niño, que, abrazándome, decía de mí con elogio:—«Aunque no tiene más que nueve años, ya explica a Tácito». Estudiaba con Eugenio, a quien Dios arrebató la vida, y a pesar de mis pocos años me preocupaba la meditación. Mientras escribía, usando muchos barbarismos al desarrollar el tema impuesto, tratando de buscar sentidos inesperados a las frases de los autores, con la frente y la espalda inclinadas sobre la mesa, me parecía oír confusamente en mis oídos las palabras griegas y latinas, bachilleras y familiares, tiznadas de tinta, y alegres como estudiantes, cuchichear, como los pájaros reunidos sobre un rama, entre las hojas del pesado diccionario. Rumores más dul-

ces que el rumor que produce un perrazo había destruído; o una bandada que vuela, soplos apagados como los suspiros de la noche, que hacían a cada momento, bajo las manecillas de cobre, estremecerse ligeramente las páginas del libro antiguo.

* *

Después que cumplíamos nuestra tarea, corríamos ligeros a jugar en los inmensos jardines; yo, con paso desigual, seguía a mis hermanos mayores, y las estrellas tranquilas iluminaban el horizonte, y el tierno ruiñeñor, cantando en la obscuridad, daba lecciones de música a toda la naturaleza; mientras que yo, niño locuaz y aturdido, lanzando a todas partes miradas francas pero osadas, y chispeando de gozo, llevaba bajo el brazo, atados con tres cordeles, a Horacio con sus festines, a Virgilio con sus selvas, a todo el Olimpo, a Theseo, a Hércules, a Ceres y a Juno, a la hidra de Lerna y al famoso León de la roca Nemea.

* *

Cuando llegaba a casa de mi madre, en repetidas ocasiones, gracias al azar miserable que se burla del niño, sentía grandes pesadumbres y grandes cóleras, porque no había encontrado como siempre junto a los tejos seculares, el hermoso jardincillo que yo me cultivaba, y que al pasar,

porque alguien en mi cuarto había abierto las jaulas y había dejado volar a los pájaros, que muy contentos se habían ido muy lejos a buscar la libertad, o quizás a dar en manos del cazador. Yo corría entonces rabiando y rojo de indignación a contárselo a mi madre y maldecía al perrazo, al jardinero estúpido y a los infames cazadores; pero con una sola mirada mi madre me devolvía la perdida calma.

IV

Ahora ya no me encoierizo por encontrar una jaula vacía, porque se pongan mis pájaros al alcance de los tiros del cazador, ni porque un perro destroce las flores de un jardinillo; esas insignificantes catástrofes desesperan a los niños; pero como en una iglesia, el hombre se tranquiliza en los grandes dolores. Cuando ha sufrido terribles pesadumbres, el corazón adquiere reposo, como los ojos adquieren sueño. De los negros guarismos de nuestros sufrimientos, la sabiduría es la suma. Comprobándola Dios, parece que dice al hombre:—«Haz que pase tu espíritu a través de las desdichas, como el grano en la criba, y saldrá de ellas mejor». Viví, sufrí, juzgo y me calmo. Si algunas veces aun la cólera hace inclinar en mi alma la balanza en donde peso el mundo y mi corazón; si sólo

abriendo un ojo condeno y vituperando con francas palabras, vos, noble y santa mujer, conseguís que mi voz irritada y agria vuelva a adquirir la calma en que vive de ordinario mi espíritu; conozco que vos tenéis bastante poder para disipar mis tempestades, y que conseguís del hombre austero y triste lo que obtuvo en tiempos pasados del niño tierno su madre, aquel gran corazón que duerme el sueño eterno.

V

Ahora escuchadme.—Mi razón, que vacila, oye algunas veces tres voces poderosas que murmuran, una después de otra y algunas veces todas a un tiempo. La primera voz me dice:—«Irrítate, poeta, al ver que el infierno aplaude todo lo que esta época imagina, crea o intenta. ¡Permanece airado! Este siglo es como una impura red que el hombre atrae la voluptuosidad y los vicios. La verdad, que hizo en otro tiempo resplandecer a Roma, se remontó al cielo; el amor es ya desconocido para el hombre. No rechaces la Musa armada, que en otras épocas visitaba como austera amiga a los dos sombríos gigantes, Amós y Jeremías. Los hombres son ingratos, envidiosos, mendaces y malvados; algunos perpetran crímenes, y a todos los deslumbra la vanidad: unos tienen la sangre

de Caín y todos tienen la sangre de Eva. Señor, la cruz se bambolea y la oración asoma ya a pocos labios. Murmuran de ti dentro de tu mismo templo; el Evangelio era la sagrada ley y el sacerdote el ejemplo noble; el libro y el sacerdote ya no existen. La fe, esa hoguera que estaba encendida en todos los hogares, que designaba a Cristo los hombres escogidos, que purificaba en otros tiempos los labios de los apóstoles, sólo es ya un carbón apagado, con que los niños ensucian, burlándose, las paredes de los templos».

* *

La segunda voz me dice:—«¡Perdona y ama! El Dios que adoramos es indulgente y no será severo para con el hombre. ¡Soñador! respeta a la hormiga tanto como al león, que en la naturaleza nada hay pequeño. El ser universal se compone de átomos, y Dios vive en todos ellos. Cultiva en tu corazón el amor y la piedad. Si la suerte te obliga a examinar de cerca al hombre, que por lo general es frívolo, ciego y temerario, temple la severidad del juez con las lágrimas del hermano. Cuanto existe en el mundo, aire, flor, césped, el grupo de niños que juega a la puerta de tu casa, el mendigo sentado en la hierba, la contemplación de esas mujeres desdichadas que viven bañadas en lágrimas, como las algas en el mar; el hombre, ese

espectador; el mundo, ese cuadro; que le amen ¡Oh sabiduría! ¡Espíritu todo ese conjunto augusto, que al insensato desazona, debe conseguir de ti que dirijas cada vez más los anhelos de tu vida hacia ese ojo misterioso que, invisible testigo de todo, nos mira a todos sin cesar. No enciendas ningún infierno con ningún tizón ardiente, no agraves ningún peso. Demuestra la existencia del alma y de Dios, que el espíritu es inmortal y la tumba irrevocable, y suaviza el rigor de esa mano divina, que a menudo nos oprime y que graba con signos inmortales la palabra *Jamás* sobre los sepulcros y la palabra *Siempre* en los altares.»

*
* *

La tercera voz me dice:—«¿Qué más da amar que odiar? Los cantos, las imprecaciones, que entremos o que salgamos, el bien, el mal, la muerte, ni los vicios, qué importa todo esto al cielo radiante?... ¿Por eso la vegetación viva y ciega produce menos hojas, menos árboles, menos líquenes, menos hierbas y menos agua? ¿Por eso las olas son menos azules y el bosque menos frondoso? El sol que sonríe a las flores en los jardines, a los reyes en los palacios, a los forzados en los presidios, ¿pierde su brillo y vierte menos rayos cuando el mundo se olvida de una virtud? No; Pan no ha menester de que le recen ni

En mi oscuro cuarto de estudio, donde sobre una mesa hay muchos libros entreabiertos, donde una Biblia sonríe a Virgilio, oigo yo esas tres voces. Si mi cerebro débil se asombra, persisto, y sin temores y sin sobresalto las dejo ejecutar en mí lo que se proponen. Porque los hombres, perturbados con esas metamorfosis, componen su sabiduría con la menor ciencia posible. Todos cometen el error de ver la verdad, cada uno desde su ventana, y sólo por un lado, sin que ninguno de ellos, atraídos por ese peñasco sublime, le dé la vuelta y suba

VI

hasta su cumbre. Y de ese triple aspecto de las cosas del mundo, de ese triple consejo, que el hombre no alcanza a comprender; de mi corazón, que Dios ve, en el que el odio se embota, brota una benevolencia tierna y universal, que dora como la luz del alba y

enternece de antemano los versos para acabar de crearlos en los campos con el aroma que se exhala de las llanuras, a la sombra que proyectan las nubes y al murmurio de las fuentes.
Abril de 1840.

FIN DE «RAYOS Y SOMBRAS» ;